denado y hasta ejecutado; es preciso saber por quién y cómo. Donde se inspira no tratéis de inquirirlo, es en él mismo; pero de donde saca, procurad descubrirlo. El verdadero traductor debe hacer un esfuerzo para leer todo cuanto leyó Shakespeare. Hay en ello manantiales para el soñador y encuentros raros para el buzo. Las lecturas de Shakespeare eran variadas y profundas. Ese inspirado era un estudiante. Estudiad, pues, si queréis conocerlo. Haber leído á Belleforest no es suficiente, hay que leer á Plutarco; haber leído á Montaigne no basta, es preciso leer á Saxo Gramático; haber leído á Erasmo es insuficiente, debe leerse á Agripa; haber leído á Froissard es incompleto, hay que leer á san Agustín. Deben leerse todos los cancioneros y todas las colecciones de cuentos de los siglos XIV y XV, Huon de Burdeos, la bella Juana, el conde de Poitiers, el milagro de Nuestra Señora, la leyenda del zorro, el romance de la Violeta y el de la Capa Vieja. Hay que leer á Roberto Wace, á Tomás el Rimador, á Boecio, Laneham, Spencer, Marlowe, Geoffroy de Monmouth, Gilberto de Montreuil, Holinshed, Amyot, Giraldi Cinthio, Pedro Boisteau, Arturo Brooke, Bandello, Luigi da Porto, Benoist de Saint-Maur, sir Nicolás Lestrange, Paynter, Comines, Monstrelet, Grove, Stubbes, Strype, Tomás Moro y Ovidio. Hay que leer á Graham d'Aberfoyle y á Straparole. Y dejo muchos. No debe olvidarse tampoco á Webster, Cavendish, Gower, Tarleton, Jorge Wheatstone, Reginaldo Scot, Nichols y sir Tomás North. Alejandro Silvayn requiere ser hojeado. Los *Papeles de Sidney* son útiles. Un libro revisa á otro. Los textos se prestan mutua claridad. Nada hay que dejar olvidado en ese trabajo. Figuraos una lectura cuyo diámetro va desde el *Gesta romanorum* á la *Demonología de Jacobo VI.*

Llegar á comprender á Shakespeare, tal es el

objetivo que se persigue. Toda esa erudición tiene un propósito: llegar hasta un poeta. Es el camino de piedras de ese paraíso.

Haceos forjar una llave de ciencia para abrir esa poesía.

VII

De esta suerte sabréis de quién es contemporáneo el Teseo del *Sueño de una noche de verano;* sabréis cómo los prodigios de la muerte de César repercuten en *Macbeth;* sabréis qué cantidad de Orestes hay en Hamlet. Conoceréis al verdadero Timón de Atenas, al verdadero Shylock, al verdadero Falstaff.

Shakespeare era un poderoso asimilador. Se amalgamaba lo pasado. Buscaba, y luego encontraba; encontraba, y después inventaba; inventaba, y entonces creaba. Algo así como una *insuflación* salía para él del pesado montón de las crónicas. De aquellos *in-folio* separaba fantasmas.

Fantasmas eternos. Unos terribles, otros adorables. Ricardo III, Glocester, Juan sin Tierra, Margarita, lady Macbeth, Regana y Goneril, Claudio, Lear, Romeo y Julieta, Jésica, Perdita, Miranda, Paulina, Constancia, Ofelia, Cordelia, todos esos monstruos, todas esas hadas. Los dos polos del corazón humano y los dos extremos del arte representados por figuras para siempre vivas con una vida misteriosa, impalpables como la nube, inmortales como el aliento. La deformidad interior, Yago; la deformidad exterior, Calibán; y cerca de Yago el encanto, Desdémona, y y frente á Calibán la gracia, Titania.

Cuando se han leído los innumerables libros leídos por Shakespeare, cuando se ha bebido en las

mismas fuentes, cuando se ha impregnado uno de todo cuanto se hallaba penetrado él, cuando se ha hecho uno en sí un *fac-simile* de lo pasado tal cual lo veía Shakespeare, cuando se ha aprendido todo lo que sabía, medio para llegar á soñar todo lo que soñaba; cuando se han digerido todos esos hechos, toda esa historia, todas esas fábulas, toda esa filosofía; cuando se ha subido esa escalera de volúmenes, se recibe como recompensa esa nube de divinas sombras sobre la frente.

VIII

Un joven se ha dedicado á ese vasto trabajo. Junto á ese primer deber, que consistía en reproducir á Shakespeare, tenía otro, el de comentarlo. Para lo uno se necesita un poeta, para lo otro un benedictino. El traductor aceptó ambas cosas. Paralelamente á la traducción de cada drama, colocó, con el título de *introducción,* un estudio especial, donde todas las cuestiones relativas al drama traducido son discutidas y examinadas, y en que, apoyado en documentos, se defiende el pro y el contra. Esas treinta y seis introducciones para los treinta y seis dramas de Shakespeare, divididas en quince libros con un título especial para cada uno, son en su conjunto una obra importante. Obra de crítica, de filología, de filosofía y de historia, que costea y corrobora la traducción; en cuanto á ésta en sí misma, es fiel, sincera, tenaz en la resolución de obedecer al texto; es modesta y altiva, pero no procura nunca ser superior á Shakespeare.

El comentario acuesta á Shakespeare en la mesa de autopsia, la traducción le vuelve á su puesto; y después de haber visto su disección, le hallamos vivo de nuevo.

Para aquellos que, de Shakespeare, quieren á Shakespeare entero, completo, faltaba esa traducción. Ahora existe. En adelante no habrá biblioteca bien coordenada que no tenga á Shakespeare. Una biblioteca será tan incompleta si falta en ella Shakespeare como si le falta Molière.

La obra se ha publicado tomo tras tomo, y tuvo por gran colaborador al éxito más brillante.

Lo poco que vale nuestra aprobación, lo damos sin reserva ninguna á esa obra, traducción desde el punto de vista filológico y creación desde el punto de vista crítico é histórico. Es una obra de la soledad, y esas obras son concienzudas y sanas. La vida severa aconseja un trabajo austero. El actual traductor será, así lo creemos y así lo ha proclamado ya la alta crítica de Francia, de Inglaterra y de Alemania, el traductor definitivo. Primera razón, porque es exacto; y segunda razón, porque es completo.

Las dificultades que acabamos de indicar, y muchas otras, las ha atacado de frente, y, á nuestro juicio, las ha resuelto. Haciendo esta tentativa, se ha gastado por completo en ella. Experimentó al cumplir esa obra, la religión de edificar un monumento. Consagró á él doce de los más hermosos años de su vida. Nos parece bien que un joven haya tenido esa gravedad. El trabajo era ingrato y difícil; investigaciones, cotejos de textos, labor continuada. Durante doce años ha tenido la fiebre de esa grande audacia y de esa gran responsabilidad. Le honra haber querido esa obra y haberla concluído. De ese modo ha demostrado su gratitud hacia dos naciones, para aquella de la cual es huésped y para aquella de que es hijo. Esta traducción de Shakespeare es, en cierto modo, el retrato de Inglaterra enviado á Francia. En una época en que se siente llegar la hora augusta de la confraternidad de los pueblos, casi es un acto, y es más que

un hecho literario. Envuelve algo piadoso y conmovedor el donativo que un francés ofrece á la patria, de la cual estamos ausentes él y yo, por nuestra voluntad y con dolor.

Hauteville-House. Abril de 1865.

ÍNDICE